

había emprendido la fuga y que Luis Felipe de Orleans acababa de ser nombrado regente del reino. Casi á compás, se supo también que nuestro obispo Forbin Janson había sido expulsado de Nancy y que el populacho había saqueado su palacio. Dos días después de estas terribles noticias se desencadenó el furor en Chaumes entre cuyos montañeses reinaba la mayor efervescencia.

Yo, como es natural, no me moví de la escuela ni abrí el pico para nada de cuanto á política se refería. Al contrario, más hubiera querido poder cerrar puerta y ventanas, que no verme obligado á tener abierta la escuela, las tres cuartas partes de cuyos bancos permanecían vacíos.

En esto empezaron á correr rumores de que los de Dabo se dirigían hacia el lugar para imponer condiciones respecto la propiedad de los bosques. Efectivamente, á poco aparecieron en la cuesta frontera centenares de hombres, mujeres y niños, armados con fusiles, horquillas y hachas, y tomaron por la hondonada de Chenevieres. Dieron las diez, y en vista del mal cariz que tomaban las cosas, despedí á mis discípulos, recomendándoles que sin pérdida de tiempo se encaminasen á sus casas, y cerré la puerta después de hacer subir á Pablo y Julita al cuarto de arriba.

La vanguardia de los montañeses entraba ya por uno de los extremos de Chaumes.

—¡Abajo los guarda bosques! gritaban con voz estertórea; ¡abajo los tribunales! ¡Mueran los curas! ¡Mueran los aforadores y los recaudadores! ¡Nosotros somos los amos! ¡El bosque es nuestro! ¡Viva Lafayette!

Y vociferando se encaminaron á casa del guarda general, donde quemaron todos los legajos, ignorando, infelices, que en el tribunal de Sarreburgo existían las copias de todos los procesos contra ellos incoados.

Hacia un calor bochornoso; yo, colocado detrás de las persianas, les veía cruzar la calle.

Mi mujer temblaba como la hoja en el arbol; mas como afortunadamente el encono de los amotinados no tenía más objetivo que el guarda general, procuré tranquilizarla como pude, diciéndole que nunca los amotinados atacaron á ningún maestro de escuela. Pablo y Julia estaban acurrucados en un rincón, con los ojos desencajados y fijos en mí, y me escuchaban con ansia. Yo, haciendo de tripas corazón, aparentaba la mayor impasibilidad, sin embargo de que á cada porrazo que los amotinados descargaban en las puertas se me subía el corazón á la garganta.

Mucho rato hacía que habían dado las doce y ninguno de nosotros pensaba en comer. Sin embargo, al dar las tres me animé á entreabrir un postigo y ví que los revoltosos se encaminaban hacia la montaña, parte de ellos borrachos, dando desahorados gritos.

Cuando ya no quedó uno en Chaumes, mi mujer, algo tranquilizada, puso la mesa y comimos con escaso apetito. Luego, sintiendo aguijón de saber lo que había ocurrido en el lugar, me salí de casa.

La madre de nuestro vecino Bouveret hilaba tranquilamente á la puerta de la calle, según su costumbre, y al verme exclamó toda alborozada:

—Nada tema V., señor Florencio; ya se han ido. ¡Qué irrupción!

Y sin hacerse de rogar, me refirió de pe á pa los destrozos que los montañeses habían cometido en casa del guarda general Botte, quien avisado á tiempo pudo atravesar el Sarre y ponerse en salvo en el bosque de las Barracas.

Nuestro alcalde Rantzau, que se presentó ante los montañeses para poner coto al saqueo, fué in-

sultado y golpeado, y gracias como pudo escapar vivo de manos de aquellos furiosos.

Jaime Rantzau había salido de su casa á las dos, después de haber repartido, en el patio, á los cabezas de motín, cerveza y queso y prometídoles escribir á Lafayette para que les restituyese sus derechos, con lo que consiguió que se volviesen á sus hogares.

Esto me contó la abuela Bouveret.

Sin embargo de que los de Dabo se habían ido, podían volver, y francamente, maldito el gusto que nos daba semejante alternativa. Por fortuna, empero, Luis Felipe fué inmediatamente proclamado rey de Francia por los mismos diputados de la Cámara que Carlos X quería disolver, y todos cuantos estuvieron á pique de verse encarcelados quince días antes, recibieron recompensas. El señor Jaime, por su parte, recibió el nombramiento de alcalde, y el droguero Claudel obtuvo un estanco.

Al saber estos nombramientos, temí por mi empleo en la alcaldía; pero el señor Jaime, que se acordó de la amistad que me unía á su hijo, me hizo llamar, y en presencia del concejo en pleno me dijo que un hombre pacífico, instruido y esclavo del deber como yo era, merecía un aumento de sueldo y que por lo tanto iba á solicitarlo inmediatamente.

Júzguese, pues, qué peso se me quitó de encima al oír al nuevo alcalde, á quien dí como pude y supe las más expresivas gracias por el interés que acababa de demostrarme. Poco tiempo después, y muy oportunamente por cierto, me aumentaron el sueldo en cien francos.

Los montañeses, que creían que bastaba su voluntad para dar rienda á sus deseos, empezaron á talar los bosques del Estado; mas corrigiéronlos pronto mandando allá una partida de tropa y algunos nacionales.

En esta ocasión el señor Jaime demostró gran presencia de ánimo, encaminándose solo á Dabo, para comunicar á los rebeldes que de continuar en su obra de destrucción, la mayor parte de ellos corría riesgo de arrastrar grillete. Mas como no quisieron dar crédito á sus palabras y prosiguieron cortando y derribando, las tropas, los milicianos y los guarda bosques prendieron á los delincuentes y los trasladaron á Nancy, en cuyas cárceles pasaron más de un año, trascurrido el cual los promovedores del motín pasaron á los presidios de Brest y Tolón, y dejaron libres á los demás, que al verse totalmente arruinados se convirtieron sucesivamente en cazadores furtivos y contrabandistas y por fin pararon en ladrones.

¡Esta es la sociedad!

En aquel tiempo los curas eran perseguidos como perros por el populacho.

—¡Ah! señor Florencio, me decía el párroco Jannequin. ¡Qué yerro! ¡qué lección! Cuando la ambición hace servir de escabel á la religión; cuando á ésta la convierten en instrumento de embrutecimiento y de esclavitud para el pueblo, entonces las más espantosas reacciones quedan justificadas.

IX.

Después de las sacudidas sociales de que he hecho mérito y por espacio de algunos años, nadie pensó más que en enriquecerse. Hasta en el riñón de las montañas dejaron de celebrarse las antiguas ferias en las que las mujeres proveían, por haberlas hecho inútiles ya la nube de viajeros que de París, Nancy y Estrasburgo acu-